

# Jaime Quezada: Astrolabio

Por Hernán del Solar

Muchos escritores se han ocupado del problema de escribir con sencillez. Pero la sencillez cambia con los tiempos. No es estable. Las soluciones casi nunca se dan de una vez para siempre. Sin embargo, recordemos que algunas hay mejores que otras. Y más recientes. Sin ellas nos veríamos perdidos entre pacientes y penosas investigaciones.

Dos buenos ejemplos bastarían. Juan Ramón Jiménez, el autor de Platero y yo, nos dice: "Escribo como mi madre hablaba". Luego, menos confiado: Quien escribe como se habla irá más lejos en lo porvenir que quien escribe como se escribe". Por su parte, el gran Antonio Machado nos cuenta en Juan de Mairena, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo de este nombre:

"—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: "Los eventos consuetudinarios que acaecen en la rúa".

El alumno escribe lo que se dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: "Lo que pasa en la calle".

Mairena: No está mal.

Algunos escritores encuentran sin dificultad esta sencillez. Otros vanamente la complican. es el caso de Jaime Quezada, autor de Astrolabio, libro que publica Nascimento.

Conviven admirablemente en estas páginas el poeta y el prosista. Una breve autobiografía nos cuenta sus comienzos y su aventura literaria. Le seguimos con interés. Nos guían el ingenio, la ternura, la posible exactitud que es esa verdad secreta que nadie puede desmentir. Cada cual está dentro de su vida y se conoce, se observa, se comprende con mirada distinta cada vez. O se está ciego. Lo que sucede entonces no es para contarlo en prosa ni mucho menos en verso.

"Nací —nos dice Jaime Quezada— en la ciudad de Los Angeles (villa fronteriza con la Araucanía), cuando aún no se apagaban los cantos del "Frente Popular" en las calles de Chile, y la pólvora de la segunda guerra ennegrecía los cielos del mundo. Mi madre tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para amamantarme porque era yo el número once de doce hermanos. Un padre severo y patriarcal — la escuela de memoria y azotes le dio carácter—, que bebía café y me llevaba a escuchar la banda del regimiento a la plaza los domingos. Estudié seis años en la escuela primaria más seis años en un liceo fiscal, más seis años en la Universidad de Concepción. Total: salí poeta, no abogado".

Es una buena síntesis descriptiva. Y no queda ahí. Luego nos habla de sus preferencias y su imaginación juega con la

fantasía y la irrealdad. Se refiere enseguida a sus libros y sus lecturas. **Poemas de las cosas olvidadas** es un acto de simple intuición, como si ésta se hallara lejos de las demás obras y sólo aquí asomase; **Las palabras del fabulador** le parecen con acierto la plena manifestación de su vocación poética; y **Astrolabio** es simplemente para él "olor de cielo, olor de tierra". La verdad es que en cualquiera de sus libros le encontramos receptor intuitivo, inmediato e íntimo, de su visión de los hombres y las cosas, y nunca falta en ellos el olor de la tierra ni el del cielo. Sus lecturas las indica con buen humor y verdad. Prefiero —dice— la vida retirada a mirar vitrinas o leer avisos comerciales. Leo a San Juan de la Cruz, a Giacomo Leopardi, a Lewis Carroll, a Lao Tse, las letanias de María Sabina y las cartas del Tarot: quiero ser pobre, quiero ser solitario".

Con sabrosos, risueños o enternecidos recuerdos terminan los apuntes autobiográficos. Es prosa de poeta, que es casi siempre la mejor. Ningún rebuscamiento; fluidez, intimidad que no se miente ni cuando exagera o cree que todo fue o debió ser como se cuenta. La vida es sorpresiva hasta para su narrador. Sobre todo cuando la poesía interviene, como suele suceder en éste y otros casos.

Las fechas de los poemas no se diferencian gran cosa: 1965,

1968, 1970, 1972, 1973, 1967-1974, y por ahora, 1975. Es un libro abierto. La vida está en la página que se abre y que no acaba.

Las imágenes del primer poema se hermanan con las del último. Esto no quiere decir que se repitan, pero sí que se suceden. El cambio es interior y tan íntimo y secreto que la novedad parece la misma. Engañosa, siempre es distinta.

El atardecer y la vida del primer poema están en estrecha conexión con los demás. La lectura de todo el libro permite captar esta unión tan simple y natural.

Aún quedan dos gotas de parafina en el estrecho espacio de una lámpara.

Y la débil llama quema el lejano tallo de la noche Hay un poco de polvo en todas las cosas que el hombre quiere hacer

eternas: en el relincho infinito de un caballo en la tristeza de un gato muriendo entre las tejas en el olvidado instrumento que nunca nadie tocará.

Ese polvo vegetal que mi madre traía en sus zapatos viejos después de espantar los gansos ajenos en el camino.

Esta simple evocación posee una resonancia poética que se propaga por el libro. Hay la

jaime quezada

## Astrolabio

EDITORIAL NASCIMENTO

penumbra solitaria que va extinguiendo la noche. Se piensa entonces sin alegría: asoman pobres imágenes de pequeñas cosas, se tiene conciencia de lo efímero de la existencia, y repentinamente está ahí, delante, lo familiar, lo cotidiano, lo humildemente verdadero.

Podrían citarse numerosos ejemplos que parten de este primer poema. A veces todo

queda envuelto en una leve nostalgia, en una sonrisa de suave amargura, en una soledad sencilla y bellamente digna. Soy el ángel pobre que pierde las plumas de sus alas cuando asciende.

Pero no deja de subir por una poesía que le sitúa entre nuestros mejores poetas de estos días.